

CARLOS RUIZ-FUNES Y «MONTEAGUDO»

QUIENES, año tras año, venimos haciendo MONTEAGUDO, hemos tenido la impresión, ante la muerte del tan querido Carlos Ruiz-Funes, de que con su desaparición perdía esta revista a su más firme y entusiasta valedor. Lo que MONTEAGUDO debe a Carlos Ruiz-Funes es tanto, que resultaría imposible reseñarlo aquí. Y, además, tal reseña nunca pasaría de ser un torpe inventario, en el que no podría captarse algo irreductible al número y aún a la letra: ese delicado amor, esa permanente entrega, ese increíble entusiasmo que siempre puso Carlos Ruiz-Funes en todo lo que atañera a MONTEAGUDO.

Su afán por conseguir colaboraciones de alto porte para nuestras páginas, de buscar lectores para ellas, de airearlas y darlas a conocer por todas partes, haciéndolas llegar a sus amigos de todas las latitudes, a quienes Carlos deseaba transmitir el recuerdo, la presencia de la Universidad de Murcia —aunque fuera a través de una tan modesta expresión como MONTEAGUDO—; todo ello contribuyó a crear entre Carlos Ruiz-Funes y la revista una vinculación tan estrecha, que, en algunos momentos, me hizo pensar en que su pervivencia, el casi milagro o prodigio de cómo una pequeña y provinciana revista literaria podía seguir publicándose, tenía su explicación (o su magia) en la fe de Carlos Ruiz-Funes. Sin ella, sin su amor por la revista, sin su cordialísimo apoyo, es muy probable que MONTEAGUDO hubiese ya desaparecido, pasando su nombre a engrosar la dilatada lista de publicaciones literarias españolas caracterizadas por su meteórica existencia.

Pero, a la hora de las dificultades, del cansancio, del desánimo, bastaba con ir a la sombrerería de Carlos, para, en aquel personalísimo ambiente, junto a los anaqueles y las cajas, entre espejos y vitrinas, rodeados de un olor entre acre y dulzón provocado por el fieltro, el tinte y los planchados,



obtener la precisa fórmula con que seguir alargando la vida de MONTEAGUDO. Si alguno de los más viejos recursos de los prestidigitadores está asociado al sombrero, algo también había de jovialmente mágico en esa capacidad de Carlos para metamorfosear una sombrerería en tertulia literaria con ramificaciones a escala internacional, así como en su facilidad para encontrar allí los recursos, las palabras, el entusiasmo de que MONTEAGUDO necesitaba para seguir andando.

Por eso, esta revista, cuya existencia debe tanto a Carlos Ruiz-Funes, quiere hoy dedicar sus páginas al recuerdo de su mejor lector, de su más grande amigo. Y nada mejor para ello que abrirlas con una selección de escritos del propio Carlos Ruiz-Funes. A la amabilidad de su viuda debo el haber podido hacerme con algunos antiguos y muy bellos, casi azorinianos, artículos murcianistas de Carlos; así como con algunas de las cartas que escribió a ilustres amigos. En ellas se advertirá, junto al garbo literario y el admirable estilo epistolar de Ruiz-Funes, sus muy repetidas alusiones a MONTEAGUDO. No se crea que he tenido que esforzarme en buscar justamente aquellas que contenían referencias a la revista, pues son muchas las caracterizadas por tal rasgo.

A tales escritos sigue el que creo es el último original del autor, entregado a la revista no hace demasiados meses. Se trata de una especie de introducción a un dibujo de Pedro Flores y a un texto de César González Ruano.

En la mar del morir han ido a confluír las vidas de esos tres hombres extraordinarios, reunidos aquí por un casi patético azar en que lo pictórico, lo literario y lo murciano —conocida es la vinculación de González Ruano a esta ciudad en sus últimos años— se han combinado impresionantemente. Cuando Carlos Ruiz-Funes me entregó esos textos y el retrato de González Ruano, éste había muerto ya, pero Flores vivía aún. El hecho de que todo ello se publique ahora, resulta no sólo un triple homenaje; sino también un tierno símbolo de cómo la amistad que para Carlos Ruiz-Funes representó uno de los máximos valores en la vida, puede prolongarse incluso en la muerte.

Tras los escritos de Ruiz-Funes vienen las colaboraciones de sus amigos, pintores y escritores de su tierra y de otras tierras, pues para Carlos la amistad no conoció fronteras. Resultaría impertinente hablar aquí de la calidad e importancia de esas colaboraciones. Sólo cabe expresar la gratitud más honda y emocionada a quienes han hecho posible este número de MONTEAGUDO.

Con él, con su publicación, la revista cree haber alcanzado —en la conciencia e intención de quienes la hacen— su pleno y cabal sentido. Lo que MONTEAGUDO pueda significar en la vida de Murcia, el tiempo lo dirá. Pero, indudablemente, cualquiera que sea el alcance o proporciones que a ese significado se den, en él. habrá que señalar como componente decisivo y definitorio el tono de este número.



Lo que es o desearía ser MONTEAGUDO queda ya ligado al recuerdo de Carlos Ruiz-Funes. Pues, en definitiva, lo que tan inolvidable amigo supuso para todos nosotros, para Murcia, guarda una íntima relación con lo que ésta supuso para él. Tal imagen (la Murcia de Carlos Ruiz-Funes) es la que, casi como un nuevo aunque indibujable emblema de Saavedra Fajardo, debería presidir la dolorida empresa de este número.

